

No tenemos por cierto la pretension de iniciar al lector en todas las intrigas políticas de aquella época, intrigas combinadas, intrincadas, inesplicables, que han desesperado á todos los escritores de conciencia, llevados por el amor de la verdad, á la exploracion de tales arcanos, en que se extravía la razon. Hay sin embargo pormenores muy insignificantes en apariencia, que no podríamos pasar en silencio, sin que quedaran vacíos de importancia en el laborioso estudio histórico que hemos emprendido, y que tenemos la firme decision de no dejar de la mano. Este es el lugar mas oportuno de dar á conocer la vida y hechos de dos de los personajes secundarios de ese drama tan confuso, á saber, al fraile Poncet, predicador poco elocuente, pero cuyo lenguaje pintoresco producía siempre inmenso efecto en su auditorio, ya predicara ante la nobleza, ya ante la clase media, y el abate de Rosières, arciano de Toul, de talento sagaz, mordaz, que dejaba una marca indeleble en cuanto tocaba, y que era considerado con razon como el primer poeta satírico de la época. Esos dos hombres que se conocian, que se comprendian, que habian formado un justo concepto del poder de la palabra, profesaban un odio generoso á la monarquía, que seguía el rumbo adoptado por los dos monarcas anteriores, y continuado por el detestable Enrique III, cuyo nombre se habia convertido en una injuria. Celebraron alianza, y descargaron sobre la monarquía los golpes mas terribles y mas merecidos.

Una noche, en un sermón, que predicó en Nuestra Señora, hizo Poncet un cuadro tan exacto, tan marcado, tan bien pensado de los vicios del rey y de los que lo rodeaban, de sus monstruosas prostituciones, de su hipocresía, que obtuvo un triunfo espléndido. Al mismo tiempo, hacia fijar Rosières de noche, en todas las paredes de Paris, los mas ofensivos epigramas contra Enrique III y sus compañeros de placeres. Al siguiente dia estaba Poncet en la Bastilla; pero de Rosières, que contaba con la poderosa proteccion del duque de Mayenna, continuaba á cubierto de las pesquisas de que era objeto. Por otra parte como todos sus escritos eran anónimos, hubiera sido difícil probar que eran suyos, si bien es cierto que no se necesitaban pruebas para perseguirlo segun lo probaron los acontecimientos algo despues. Estaba escondido sin dejar de escribir, y á poco de preso Poncet, una sátira sangrienta contra Enrique III y sus favoritos circulaba con profusion en Paris: intitulábase *«Viage á la isla de los hermafroditas,»* y era una exacta pintura de todos los escándalos de la corte, y en particular de los repugnantes vicios del rey. Bastaba leer unas cuantas páginas para conocer el estilo y gusto de Rosières, á quien por tal motivo fué generalmente atribuida.

Enrique se puso furioso: habria dado la mitad de su reino por cojer al autor del folleto y ahogarlo entre sus manos. Disemináronse espías y esbirros en todas direcciones: se hizo un registro general en Paris, y Rosières, ojeado como una fiera habria caído infaliblemente en poder de sus enemigos, si el duque de Guisa no lo hubiera mandado á España á toda prisa.

Miéntas el rey juraba hacerlo romper y descuartizar en la plaza de Grève, galopaba Rosières hácia la frontera. Por desgracia en el momento en que iba

á franquearla, cayó en un puesto de hugonotes, que tomándolo por espía, lo detuvieron, lo registraron, y encontrándole cartas del gefe de la liga al rey de España, lo pusieron preso. Mas valía eso siempre, que el trato que se le destinaba en la capital; pero la casualidad quiso que uno de los enviados en persecucion suya descubriese su paradero. Súpolo pronto Enrique, y declaró que primero consentiria en soltar á todos los hugonotes hechos prisioneros desde el principio de la guerra, que pasar porque se le escapara semejante hombre. Se propuso y se celebró un cange; y el desgraciado Rosières, vuelto á Paris, fué conducido á la Bastilla, y tratado con todo rigor. Se le encerró en un calabozo subterráneo, tan hondo, que cuando subian las aguas del pozo, inundaban el cuarto, sin quedarle al infeliz otro recurso que una gran piedra colocada en medio del subterráneo, en el que pululaban los sapos y las ratas, siendo preciso que el cautivo tuviera el pan, único alimento que le daban, escondido debajo de sus vestidos, para que no se lo comieran sus asquerosos huéspedes.

Poco tiempo despues fué aprehendido igualmente Bussy de Amboise, favorito de *Monsieur*, hermano del rey. En las intrigas de toda clase que se tramaban y entrelazaban en la corte, Catarina de Médicis solía encontrarse en la necesidad de maquinara contra el monarca, y como entónces halagaba á *Monsieur*, subía el poder de este, contra quien asestaba sus tiros por lo comun, empleando toda especie de medios para animar al rey contra su hermano. Un dia que Enrique se negaba á dar crédito á las acusaciones de su madre, le dijo ella:

—Puesto que eesigis pruebas, podeis tenerlas al instante, porque vuestro hermano acabá de recibir una carta del rey de España, que le ha entregado Bussy de Amboise, con quien está en este momento, sin duda para concertar los medios de consumir su traicion, y de entregaros al de Guisa atado de piés y manos.

Fueron pronunciadas estas palabras con tal seguridad, que el rey temblando á la vez de miedo y de cólera, corrió al aposento de su hermano, y como lo encontró en efecto platicando con Bussy, su cólera se convirtió en rabia.

—Guardias! . . . guardias! . . . —esclamó,—llevad al punto á la Bastilla á este vil traidor (designaba á Bussy.)

Y volviéndose á su hermano, agregó:

—En cuanto á vos, súbdito rebelde, fraticida abominable, aquí quedaréis preso, y os mandaré encausar.

La órden dada se efectuó en el acto; y mientras el rey hacia buscar infructuosamente la supuesta carta del rey de España, entraba Bussy en la Bastilla.

El tal Bussy d'Amboise era de carácter violento: cabeza de fuego, corazon intrépido y brazo de acero. Rosières, aunque sacerdote, era de igual temple, tanto que habia hecho mal en ordenarse, y así lo confesaba él mismo. Su genio, su franqueza, sus inclinaciones, le hacian tener mas amigos entre los que ceñian espada que entre los eclesiásticos, y llevaba tiempo de estar relacionado con Bussy, que, habia hecho vanas tentativas para verlo cuando aquel fué traído á Paris.

—Señor,—dijo al gobernador cuando llegó á la prision,—voy á comenzar por

pediros un favor: el de que me mandeis al mismo cuarto en que está ese buen Rosières: somos antiguos amigos, que nos alegraríamos de estar juntos, y os doy mi palabra de caballero de que nada emprenderemos que pueda molestaros.

—No hay aquí Rosières que valga,—contestó con insolencia Lorenzo Testu,—ni tampoco Bussy d'Amboise: aquí no hay mas que presos, que no deben comunicarse entre sí.

—Cómo!—replicó Bussy,—me negais el pequeño favor que os pido, cuando os doy mi palabra de caballero de que no abusaré de él?

—Hago lo que debo para servir á mi señor el rey.

—Es decir,—esclamó Bussy furioso, sin reparar en las consecuencias que podrían emanar de sus palabras,—que ejerceis el oficio de un miserable carcelero? Se conoce que sois de esos tiranuelos que piensan servir á sus amos, esforzándose en hacerlos detestar.

—Medid vuestras palabras, porque si me escasperais....

—Qué hareis?....

—Otorgaros el favor que solicitais,—respondió Testu, á cuyos lábios delgados y descoloridos asomó una sonrisa venenosa.

—Ahora comprendo, replicó Bussy, que no hablamos la misma lengua, lo cual no es extraño, por no haber habido nunca en mi familia carceleros ni llaveros.

—Ya esto es demasiado: caras pagaréis vuestras injurias.

Y volviéndose á sus subalternos, les mandó conducir al preso al calabozo ocupado ya por Rosières.

—Al calabozo!—esclamó Bussy,—os atreveriais á meterme en un calabozo!.. á mil.... á un gentil-hombre!....

Pero ya se le habian echado encima los carceleros, que lo condujeron sin demora al calabozo de que ya hemos hablado. De pronto no vió nada en aquel hoyo infecto; pero Rosières, cuyos ojos se habian acostumbrado á la oscuridad, lo conoció al punto.

—Ah! amigo mio,—le dijo abrazándolo,—tambien á tí te entierran vivo?

—Rosières, ¿eres tú?—preguntó Bussy, que conoció la voz de su amigo.

—Sí, yo soy Rosières; pero dentro de pocos días no seré nada. Es imposible no morir aquí pronto, ni se desea otra cosa, cuando se ha pasado aquí el tiempo que yo.

Bussy retrocedió de espanto: erizósele el pelo; y corrió por sus venas un frio glacial, cuando comenzando á ver en las tinieblas, divisó á su amigo, que se encontraba en el mas horroroso estado, con el vestido lleno de lodo, podrido por la humedad, y cayéndosele en pedazos; con los ojos sumidos, despidiendo un resplandor febricitante, próximo á apagarse; flaco en sumo grado, y cubierto de llagas, procedentes de las mordidas que le daban todas las noches las ratas, mientras dormía.

—Y qué,—preguntó Bussy,—no hay medio alguno de salir de aquí?

—Ninguno; de aquí no se sale ni vivo ni muerto.

Bussy se habia sentado en la piedra junto á su amigo, esforzándose en hacerle concebir alguna esperanza: hablaba de evasion, de los esfuerzos que no dejaría de hacer *Monsieur* para obtener su libertad, y así habia logrado tranquilizarse algo á sí mismo, cuando se abrió la puerta del calabozo, y los carceleros que habian llevado á Bussy, le anunciaron que tenian orden de conducirlo ante el gobernador.

—Qué me querrá esa inmunda alimaña?—gritó el fogoso jóven.—Hay en la Bastilla algun sitio mas espantoso que este, en el que se proponga meterme?

Los carceleros no contestaron nada, y Bussy los siguió, despues de haber asegurado á Rosières que, sucediera lo que sucediese, no lo olvidaría, y trabajaría por su libertad comun. Cuando llegó á la presencia del gobernador, habia depuesto este toda su arrogancia: se afanaba por ponerle buena cara: ofreció asiento al preso, muy sorprendido de semejante cambio; y con voz que denotaba su turbación, le dijo:

—Señor Bussy d'Amboise, fué tanto y tan pronto lo que os escaltásteis hace poco, que me pusísteis en la necesidad de manifestaros cuán infundada era vuestra pretension, puesto que para otorgárosla, era preciso trataros mucho peor de lo que debia; pero os ruego creais que no era mi intencion dejaros en el lugar de que salis.

—Menos palabreria: yo creo lo que se me antoja. A dónde vais á parar?

—Señor, ya sabeis que está severamente prohibido por el rey revelar cosa alguna de lo que se haya visto en la Bastilla.

—No lo sé, y aun cuando lo supiera, no habria poder humano capaz de impedirme que proclame vuestra barbarie: la pregonaré en calles y plazas, en vuestros horribles calabozos, en todas partes.

—Sosegaos, señor Bussy, por favor. Pensad que tal es la voluntad del rey.

—No, no.... calumniáis á vuestro amo.

—Veamos: voy á proponeros un convenio. Si me dais vuestra palabra de gentil-hombre de guardar silencio, yo os doy la mia de que ántes de veinte y cuatro horas estaréis en libertad.

—Pues qué, depende de vos?

—Mucho mas de lo que creis. Pasais por el arreglo?

Bussy tenia fuertes tentaciones de rehusar; pero reflexionó que una vez que solo se comprometia condicionalmente, debia aceptar. Queriendo empero sacar las mayores ventajas posibles, dijo á Testu que accederia á lo propuesto, con tal de que Rosières fuese puesto en libertad al mismo tiempo que él.

—Es imposible,—contestó el gobernador: lo mas que puedo hacer es prometeros sacarlo de donde está y alojarlo bien.

—Pues bien: hacedlo así en presencia mia, y admito el convenio.

Testu dió al punto sus órdenes, y á la media hora condujo personalmente á Bussy á un cuarto del primer piso de la torre del Pozo, adonde se encontraba ya Rosières, acostado en una buena cama, y sintiéndose resucitar.

—Valor, amigo,—le dijo Bussy;—creo que el fin de tus males se acerca.

Después de una breve plática se abrazaron, y Bussy siguió al gobernador, que no parecía estar allí muy á su gusto.

—Ahora,—le dijo cuando salieron,—os doy mi palabra de gentil-hombre de no revelar nada mientras viva, de cuanto he visto y oído aquí, con la condición de no permanecer arriba de veinticuatro horas, y de que sigais tratando bien á mi amigo, lo que estad seguro que conseguiré saber.

—Nada de amenazas inútiles,—respondió Testu, que había recobrado ya casi toda su arrogancia.—No saldreis de aquí dentro de veinticuatro horas, sino ahora mismo. Idos, señor, y no olvideis que un caballero debe morir ántes que faltar á su palabra.

—Si intentará este lacayo,—pensó Bussy,—darme lecciones de delicadeza!

Y por toda respuesta dirigió á Lorenzo Testu una mirada despreciativa. Cinco minutos después bajaba alegremente por la calle de San Antonio, en dirección al Louvre.

Su libertad, tan pronta como inesperada, era debida á uno de esos cambios de favor, tan frecuentes en la corte de Enrique III. Apenas había sido aprehendido Bussy, cuando Catarina de Médicis quiso reconciliarse con el hermano del rey; pero este, encendido en ira con la mala pasada que le habían jugado, no se prestaba á hacer las paces. Por último, se sosegó, aunque declarando que no cooperaría á la nueva trama que procuraba urdir su madre, si no se le devolvía en el acto á Bussy d'Amboise; y la reina madre, aprovechándose de la fatiga del monarca, á quien infundían los negocios una invencible repugnancia, le hizo firmar una orden de libertad, que ni siquiera se tomó el trabajo de leer: tan grande así era su dejadez.

Bussy, fiel á la promesa hecha al desgraciado Rosières, fué á ver al duque de Guisa, y le dijo:

—Monseñor, salgo de la Bastilla, y he dado mi palabra de no revelar nada de cuanto he visto y oído allí; pero sin quebrantarla, puedo manifestaros, que si no os apresurais á socorrer á Rosières, es hombre perdido.

—Asustóse el duque, pues amaba sinceramente al arcediano, que siempre le había servido con la mayor adhesión, y que con tanta resignación estaba sufriendo entonces por su causa. Venciendo, pues, su repugnancia, pasa á ver á Catarina de Médicis para pedirle el perdón de Rosières.

—Señor duque,—le contestó la reina madre, después de escucharlo tranquilamente,—comenzaré por confesaros que el rey ha dejado á mi cargo este negocio, pues se previó de antemano el paso que dais en la actualidad: con la propia franqueza agregaré que sean cuales fueren los crímenes de ese maldito arcediano estoy dispuesta á perdonarle la vida, y hasta á devolverle la libertad, con ciertas condiciones.

—Decidlas, señora.

—Ecsijo que, sentado el rey en su trono, rodeado de todos los grandes digna-

tarios y señores de la corte, venga el arcediano á pedirle perdón de rodillas.—Dura es la penitencia para aquel altivo carácter; pero espero que pasará por ella, para no afligirme.

—No es eso todo: el arcediano, siempre de rodillas, se retractará de todos sus folletos, en los términos que se le dicten.

—No se retracta en toda forma al pedir perdón?

—La retractación ha de ser completa, señor duque. La tercera condición es, que vos y vuestra familia habeis de asistir á esa ceremonia.

—Decid á esa ejecución, señora.

—Como gustéis: no disputo sobre palabras: en lo que me fije es en los actos, y ninguna consideración me hará cambiar de parecer en el particular.

En vano procuró el duque que la reina madre desistiera de su última pretensión: en vano le representó las enemistades que fomentaría, las represalias á que daría lugar; no logró el más insignificante cambio en el programa. Viendo que se trataba de una resolución irrevocable, dijo que necesitaba por lo ménos ver á Rosières para determinarle á sujetarse á tan áspera penitencia, y Catarina le contestó que encontraría abiertas las puertas de la Bastilla, cuantas veces tuviese por oportuno ir.

En la misma noche estaba el duque junto á la cama del arcediano, contándole cuanto había pasado entre él y la reina. Rosières respondió, sin vacilar un instante, que no quería su libertad á tal precio, y que prefería volver, para morir, al calabozo en que había sufrido tanto.

—Reflexionad que no se trata solamente de vuestra vida,—replicó el duque,—sino también de la mía, de la desesperación de toda la familia de Lorena que os ama y aprecia, y que está dispuesta á daros una insigne prueba de afecto, aceptando el papel que ha tenido á bien designarle Catarina en este asunto.

Sometióse Rosières, y cumplió la penitencia impuesta por Catarina, el 23 de Abril de 1583; pero no bien acabó la humillante ceremonia, cuando salió de París para nunca más volver á la capital, y fué á sepultarse á un convento de la diócesis de Toul, de la que era arcediano.

Apenas acababa Rosières de desaparecer de la palestra política, cuando se presentó otro campeón, que era un caballero hugonote, llamado Pedro Desgrains, señor de Belleville. Arruinado por la guerra civil, expulsado á los setenta años de edad de casa de sus padres, llegó á París animado de un ardor enteramente juvenil; y mientras esperaba que sus co-religionarios escondidos en la capital se hallasen en estado de tomar las armas, compuso diversos escritos destinados á batir en brecha la corte y al rey. Careciendo empero de los medios de Rosières para dar circulación á sus folletos, tuvo que fiarse de personas de sospechosa probidad, de lo que resultó que no tardara en ser aprehendido y llevado á la Bastilla, donde ni un instante trató de ocultar la verdad: confesó que eran suyos y que estaban escritos de su puño y letra varios folletos que le presentaron: declaró que era hugonote, y que estaba dispuesto á sufrir el martirio: afirmó que

no tenia cómplices; pero Catarina se imaginó que era el sucesor de Rosières para con el duque de Guisa, y á instigacion suya mandó Enrique III que Desgrains fuese puesto á cuestion de tormento, para obtener confesiones completas.

Ejecutóse la orden en presencia del canceller Chiverny, y tuvo á la vez algo de horrible y de sublime el aspecto de aquel anciano que cantaba las alabanzas de Dios, mientras le despedaban los huesos. Se queria que nombrara á sus cómplices, y él no interrumpia su canto y su rezo sino para decir que habia obedecido solamente á su inspiracion, á su desprecio á la protistucion de una corte envilecida, y á la necesidad irresistible de proclamar la verdad.

Habiasele aplicado el suplicio de los borceguies de fierro, y como se le habian pulverizado los huesos, al extremo de salir la médula por entre las carnes abiertas, se dieron prisa á pronunciar el fallo, por temor de no tener mas que un cadáver que juzgar, y se le condenó á ser ahorcado en la plaza de Grève.

Al conducirlo al suplicio, se pensó en darle un confesor, aunque no fuera sino para obtener á última hora alguna revelacion. Grande fué entónces la cuita, por estar gravemente enfermo hacia dias el capellan de la Bastilla, é incapaz de levantarse de la cama. Se quiso llamar á un sacerdote de una de las iglesias mas cercanas; pero á mas de que no se podia contar con el clero, que en lo general pertenecia á la liga, urgia el tiempo demasiado.

En aquel punto se acordó el gobernador Lorenzo Testu del pobre abate Poncet, que llevaba tanto tiempo de padecer en los calabozos de la Bastilla, lo hizo conducir á su presencia, y le propuso reemplazar al capellan ausente, aceptando todas las consecuencias del encargo y desempeñando todos sus deberes, inclusa la revelacion de la confesion del paciente. Poncet afectó al principio resistirse; pero mas de un año pasado en un calabozo semejante al en que Bussy no habia hecho mas que entrar y salir, habia matado completamente su energia. Acabó, pues, por aceptar, y se le llevó al lado de Desgrains.

Este, que habia conservado todas sus facultades intelectuales, lo recibió sin cólera y lo escuchó con paciencia, si bien declaró que mientras le quedara un soplo de vida, confesaria su fé y gritaria anatema contra el rey y la corte.

Estas palabras hicieron palpar el corazon de Poncet, aletargado con los sufrimientos: él tambien habia gritado anatema contra los autores de tantas iniquidades.

—Hermano,—dijo á Desgrains,—sutilezas miserables nos separan, pero adóramos al mismo Dios: recibid mi bendicion: dadme la vuestra, y permitid que no me separe de vos, ya que nos lo permiten nuestros comunes perseguidores. Vuestro valor ha despertado el mio, y tal vez el contacto y el ejemplo me harán capaz de imitaros en todo.

—Así sea,—respondió el anciano debilitado y moribundo:—nos abrazaremos en el instante supremo, pidiendo á Dios que sea esa la señal de una reconciliacion completa entre todos los hijos de una misma madre.

Una hora despues colgaba de la horca el cuerpo de Pedro Desgrains, y el

abate Poncet, despues de abrazar el cadáver, caía desmayado al pié del cadalso. Transportósele al punto á las casas consistoriales, donde se le medicinó; pero cuando abrió los ojos, miró con aire estraviado cuanto lo rodeaba; á poco aparecieron los síntomas del mas espantoso delirio, y espiró el siguiente dia, sin haber recordado en el intervalo la razon.

VI.

Bussy Leclerc.—Jornada de las barricadas.—La Bastilla en poder de los ligados.—El parlamento en la Bastilla.—La Bastilla se rinde á Enrique IV.

La audacia de los ligados iba en aumento: despues de la muerte del hermano del rey, en 1584, cada uno de los diez y seis cuarteles de Paris eligió un gefe, y los escogidos formaron el consejo de los *Diez y seis*, dependiente del superior de la liga, y que mas tarde debia apoderarse completamente del poder y gobernar la capital.

Uno de los mas ecsaltados y fogosos de aquellos gefes de cuartel era Bussy-Leclerc, hombre de rara intrepidez, y de una avidez sin ejemplo, que despues de haber ejercido durante muchos años la profesion de maestro de esgrima, se habia hecho procurador en Paris; pero habia cometido en su oficio tantas esacciones, esquilmando tan desapiadadamente á los litigantes, que el primer presidente de Harlay, persuadido de la inutilidad de sus incesantes amonestaciones, se habia visto obligado á destituirlo, y á prohibirle la entrada á los tribunales. Leclerc habia jurado vengarse y penetrar en palacio á despecho del presidente. Tal era el sugeto á quien el duque de Guisa habia dado, despues de la jornada de las barricadas y de la huida de Enrique III [12 de mayo de 1588], el gobierno de la Bastilla, que el cobarde Lorenzo Testu se habia allanado á entregarle de buenas á primeras.

Todo estaba concluido: el de Guisa era dueño de Paris, y hasta habia conseguido la continuacion de los trabajos parlamentarios, en términos de que el presidente de Harlay, no obstante su adhesion al rey, habia consentido en volver al ejercicio de sus funciones. Perreuse, preboste de Paris, era el único que defendia aún la causa del rey, sin prestar obediencia al duque, quien resol-